

La antropología del Estado en la era de la globalización¹.

Encuentros cercanos de tipo engañoso.

Por Michel-Rolph Trouillot²

Current Anthropology, Vol.42, N°1, febrero 2001

Traducción: Alicia Comas, Cecilia Varela y Cecilia Diez

Revisión: María Rosa Neufeld

*Traducción para circulación interna de la cátedra Antropología Sistemática I

Con frecuencia, la antropología sociocultural se origina en la banalidad de la vida diaria.

Comenzaré este ensayo con tres historias banales.

En enero de 1999, Amartya Sen, premio Nobel en Economía, en camino a una conferencia en Davos, fue detenido en el aeropuerto de Zürich por entrar a Suiza sin visa. No importó que llevara tarjetas de crédito y su tarjeta verde de residente en Estados Unidos. Tampoco que dijera que los organizadores habían prometido entregarle su visa en el aeropuerto. Por supuesto, los norteamericanos y europeos occidentales pueden entrar a Suiza sin visa, vayan o no a una conferencia, pero Sen utiliza su pasaporte indio. La ironía de la historia está en que Sen iba al Foro Económico Mundial, cuyo tema, ese año, era “Globalización responsable: controlando el impacto de la globalización”.

Menos risueño pero igual de banal es la historia del “turco” de catorce años que fue *devuelto* a Turquía por el gobierno alemán, cuando de hecho jamás había pisado ese país, habiendo nacido en Alemania, donde también se crió. Los gobiernos franceses y de EEUU expulsan rutinariamente a

¹ Este ensayo fue preparado para la Close Encounters Conference del Department of Cultural Anthropology of Stanford University, abril 9-10 de 1999. Se presentó una versión revisada en el coloquio “Resilience or Erosion? The State under Attack from Above and Below”, en el Centre d’Études de Relations Internationales, Paris, junio 15-16 del 2000. Agradezco los comentarios de los participantes de los dos encuentros, así como a Benjamin Orlove, Gavin Smith y a los referencistas secretos de la revista. Gwen Faulkner y Clare Sammells brindaron su ayuda como asistentes de investigación. Envío un agradecimiento especial a Kay Warren, por su aliento.

² Departamento de Antropología, Universidad de Chicago, Chicago III. 60637, U.S.A

los extranjeros (“aliens”) cuyos hijos en edad escolar son ciudadanos por nacimiento.

Aún menos risueño fue el encuentro entre un tal Turenne Deville y el gobierno de los EEUU, en los 70. Al enterarse de que el Immigration and Naturalization Service estaba por mandarlo de vuelta a Haití, Deville se colgó en la celda de la prisión. El suicidio de Deville no es más dramático que la apuesta de cientos de refugiados haitianos que continúan zambulléndose – tanto literal como figurativamente – en las aguas de la Florida, apostando que les ganarán a los tiburones, las olas y la Guardia Costera de EEUU.

¿Son éstos encuentros con el estado? En los tres casos, vemos al gobierno, o a una agencia del gobierno – diciéndole a la gente donde debería estar, o no. Si, tal como argumentan James Scott (1998) y otros, la ubicación de la gente, incluyendo su sedentarización forzosa, es un aspecto importante del arte de gobernar, los encuentros que describí parecen ser casos en los que se esgrime el poder estatal para forzar la localización física de las personas.

Mis tres historias hablan de márgenes – del espacio entre gobiernos centralizados con reclamos acerca de sus territorios nacionales, en los que los encuentros entre los individuos y el poder estatal son más visibles. Sin embargo, hay millones de encuentros del mismo tipo que también suceden dentro de las fronteras nacionales o regionales: el propietario de un auto enfrentando las leyes de evasión de California, una familia enfrentándose con el lenguaje escolar en Cataluña, Belice o la India, una pareja frente a un nuevo embarazo en la China, una persona sin techo (homeless) decidiendo dónde dormir en San Francisco, Río de Janeiro o Nueva York, un palestino en los territorios ocupados teniendo que decidir qué línea cruzará y cuando, o un ciudadano de Singapur o Malasia obligado a adecuarse a la conducta prescrita en un edificio público.

Más allá de su banalidad, en estos millones de encuentros entre los individuos o grupos y los gobiernos, descubrimos la profundidad de la presencia gubernamental en nuestras vidas, sin que importen los regímenes y las particularidades de la formación social. La afirmación con la que Ralph Miliband (1969:1) inicia su obra sobre el estado suena cierta: “Más que en ningún momento anterior, ahora los hombres viven a la sombra del estado”. Uno podría argumentar, también que, desde que Miliband escribiera esa frase, el estado penal ha aumentado de hecho su tamaño y alcances en una cantidad de países – significativamente en los EEUU, con el aumento

de los espacios de prisión y la rutinización de la pena de muerte.

Esto, sin embargo, es sólo un aspecto de la historia. Seguramente, mientras que abundan los signos de la rutinización de la presencia gubernamental en las vidas de los ciudadanos de todas partes, este fin de siglo también nos brinda imágenes del poder gubernamental desafiado, desviado, o simplemente dando lugar a instituciones infra o supranacionales. De Chiapas y Kosovo a Kigali y Trincomale, los movimientos separatistas se han vuelto crecientemente vocingleros en todos los continentes. Más aún, y en una escala diferente, los analistas sugieren cada vez más frecuentemente, que la globalización hace que el estado se vuelva irrelevante, no sólo como actor económico sino también como elemento de contención social y cultural. Se refieren a la significación de prácticas que rechazan o soslayan el poder del estado nacional – serían signos concretos de esta declinación relativa los “nuevos” movimientos sociales – o el poder de las organizaciones trans-estatales, desde las ONG y corporaciones globales hasta el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

De este modo, este siglo comienza con dos juegos de imágenes contradictorias: a veces el poder del estado nacional parece más visible e intrusivo, y en otras menos efectivo y relevante. Este artículo se pregunta cómo podemos, los antropólogos, encontrar el sentido de esta tensión e incorporarlo plenamente a nuestro análisis del estado. Para hacerlo, necesitamos reconocer tres proposiciones interrelacionadas: 1) el poder del Estado no tiene fijeza institucional consolidada sobre bases teóricas ni históricas. 2) Por tanto, los efectos de estado nunca se dan exclusivamente por intermedio de instituciones nacionales o en sitios gubernamentales. Y 3) Estos dos rasgos, inherentes al estado capitalista, han sido exacerbados por la globalización. La globalización, por tanto, legitima un enfoque particular a la antropología del estado, enfoque que permite un énfasis simultáneo en la teoría y la etnografía.

Si el estado no tiene una fijación institucional ni geográfica, su presencia resulta más engañosa de lo que antes pensábamos, y necesitamos teorizar el estado más allá de lo empíricamente obvio. Sin embargo, este desplazamiento de los límites empíricos también significa que el estado se abre más a las estrategias etnográficas que tomen en cuenta su fluidez. Yo sugiero aquí una estrategia de este tipo, que va más allá de las instituciones gubernamentales o nacionales, para

centrarse en los múltiples sitios en los que los procesos y prácticas estatales se reconocen a través de sus efectos. Estos efectos incluyen 1) un *efecto de aislamiento*, esto es, la producción de sujetos individualizados, atomizados moldeados y modelados para su gobierno como parte de un “público” indiferenciado pero específico; 2) un *efecto de identificación*, esto es, un realineamiento de las subjetividades atomizadas a lo largo de líneas colectivas dentro de las cuales los individuos se reconozcan a sí mismos como iguales a otros; 3) un *efecto de legibilidad*, es decir, la producción tanto de un lenguaje como de un saber para el gobierno y herramientas empíricas que clasifiquen y regulen colectividades; y 4) un *efecto de espacialización*, esto es, la producción de límites y jurisdicciones. Este ensayo es una formulación exploratoria de esta estrategia.

Pensando el Estado

Por más exploratorio que sea, este ejercicio necesita un punto de partida conceptual. Primero, necesitamos determinar en qué nivel o niveles es más adecuado conceptualizar el estado. ¿Es el estado un “concreto-concreto”, algo que está “ahí afuera”? ¿O es un concepto necesario para entender algo que está afuera? ¿O, una vez más, es una ideología que ayuda a enmascarar *algo diferente* allí afuera, una protección simbólica para el poder, si eso fuera posible?

Desgraciadamente, los antropólogos socioculturales no le han dado a estas cuestiones la atención que merecen. En una importante revisión de la antropología del estado, Carole Nanengast (1994: 116) escribió: “En la medida en que la antropología se ocupó del estado, lo tomó como algo dado no analizado”. Es interesante que el propio tratamiento de Nanengast acerca del estado, en el contexto de su afirmación, tampoco intenta convertir este “dado no analizado” en un objeto de estudio³. Efectivamente, ¿hay aquí un objeto que deba ser estudiado?

El antropólogo A.R. Radcliffe-Brown contesta esta cuestión con un “no” resonante, que debería permitirnos seguir pensando la cuestión, aunque yo estoy en desacuerdo con su extremismo. En 1940, en la Introducción de *African Political Systems*, de Meyer Fortes, Radcliffe-Brown (1995 [1940]: xxiii) escribió:

³ Hay intentos antropológicos de considerar etnográficamente las instituciones del estado posteriores a la publicación de su revisión, que incluyen a Gupta (1995), Heyman (1998, 1999) y Nugent (1994).

En escritos acerca de las instituciones políticas hay muchas discusiones acerca de la naturaleza y el origen del Estado, que generalmente se representa como una institución que está por encima y por fuera de los individuos humanos que componen una sociedad, siendo uno de sus atributos algo llamado “soberanía”. A veces se habla de él como si tuviera deseos (la ley se define como el deseo del Estado) o emitiera órdenes. En este sentido, el Estado no existe en el mundo fenoménico, es una ficción de los filósofos. Lo que existe es una organización, esto es, una colección de seres humanos individuales conectados por un sistema complejo de relaciones...No hay tal cosa como el poder del Estado...

Uno podría llamar a esto muerte por conceptualización, lo que sería lo mismo que decir que Radcliffe-Brown conceptualiza el estado para que se lo olvide.

Seguramente, su respuesta arrastra el peso adicional del empirismo y el individualismo metodológico. Sin embargo Radcliffe-Brown no está simplemente diciendo que ‘ejército’ es meramente el plural de ‘soldados’. Tampoco está diciendo que el estado no existe porque nosotros no podemos tocarlo. Las organizaciones gubernamentales tienen diferentes niveles de complejidad aunque más no sea por su funcionalidad. De tal modo, una lectura generosa de Radcliffe-Brown, que se propusiera extirpar el bagaje filosófico agregado de su formación académica y de su época, aún nos dejaría una respuesta poderosa. El estado no es ninguna de las dos cosas: ni algo “ahí afuera” ni un concepto necesario. Una y otra vez cuando usemos la palabra, palabras como “gobierno” cumplirían con el sentido conceptual, y lo harían mejor.

Sí bien yo no acuerdo con esa respuesta, me parece que los antropólogos no podemos continuar ignorándola. La respuesta de Radcliffe-Brown a la pregunta acerca del estado contiene una advertencia que los antropólogos debemos tener en mente. Ya que el estado nunca puede ser un dato empírico, ni siquiera de segundo grado (digamos, de la manera en que los gobiernos particulares son considerados): ¿Dónde y cómo la antropología se encuentra con el estado, si realmente lo hace? ¿Cuáles pueden ser los términos de nuestro encuentro analítico con el estado? ¿Qué

podemos entender, por ejemplo, por etnografía del estado?

En un importante artículo, Philip Abrams reedita las advertencias de Radcliffe-Brown. Abrams ofrece una sofisticada demostración de las razones para rechazar la existencia del estado como una entidad y plantea algunas serias dudas acerca de la incorporación analítica del concepto de estado.

Escribe (1988:76):

El estado... no es un objeto semejante al oído humano. Ni tampoco es un objeto semejante al matrimonio. Es un objeto de tercer orden, un proyecto ideológico. Es primero y principal un ejercicio de legitimación.

..El estado, en suma, es un intento de lograr sustento para, o tolerancia de lo insostenible e intolerable, presentándose como algo diferente de sí mismo, es decir, dominación legítima, desinteresada.

Contrariamente a Radcliffe-Brown, Abrams admite un objeto para los estudios del estado, el verdadero proceso de legitimación del poder que proyecta la imagen de una entidad aparentemente desinteresada, “la idea de estado”⁴. Tal como la expone, la idea de estado de Abrams no conduce inmediatamente a la etnografía, pero provee una advertencia que compensa a Radcliffe-Brown. Algo sucede afuera que es más que el gobierno. La pregunta es qué.

Los teóricos han provisto diferentes respuestas a esta pregunta, las cuales no examinaré aquí. Para el propósito de este artículo, permítanme solo decir que mi propia visión cambiante del estado comienza con la más amplia noción de estado propuesta inicialmente por Antonio Gramsci. Encuentro también extremadamente fructífera la revisión de Nicos Poulantzas acerca de Marx y Gramsci. De igual modo, continúo sacando provecho de varios autores, como Ralph Miliband (1969), Louis Althusser (1971 [1969]), Paul Thomas (1994), James Scott (1998) y Etienne Balibar (1997)⁵. Todo esto significa que no pretendo

⁴ Entendiendo al estado como una proyección ideológica, el propósito de los estudios acerca del estado es descifrar estos ejercicios de legitimación –los procesos detrás de la idea del estado y su aceptación cultural.

⁵ La visión amplia de Gramsci acerca del estado, inseparable de conceptos como hegemonía, sociedad civil y bloque histórico, plantea como punto de partida fundamental en el contexto del capitalismo, que las

proveer una conceptualización original. Más bien espero hacer una contribución a un diálogo que se sigue desarrollando con la mirada hacia el tipo de investigación mejor desarrollada por antropólogos socioculturales (ver también Trouillot 1997).

La mayor parte de los escritores que he mencionado han insistido en que el estado es irreductible al “gobierno”. En palabras de Miliband (1969:48) “lo que ‘el estado’ representa es un número de instituciones particulares, las que reunidas constituyen su realidad, y las que interactúan como parte de aquello que puede ser llamado el sistema estatal”. El tratamiento especialmente sociológico de tal sistema que hace Miliband necesita respaldarse en las conceptualizaciones más elaboradas de Poulantzas y Gramsci, que consideran al estado como el lugar privilegiado del poder y de la lucha. En esta aproximación, es fundamental la insistencia de Gramsci en pensar el estado y la sociedad civil juntos, por medio de conceptos como hegemonía y bloque histórico. Entiendo que Gramsci dice que, dentro del contexto del capitalismo, las teorías del estado deben abarcar la formación social completa y articular la relación entre el estado y la sociedad civil. Uno no puede teorizar acerca del estado y luego teorizar acerca de la sociedad o viceversa. Más bien, el estado y la sociedad están vinculados por el bloque histórico - el que toma la forma de un contrato social específico -y, de ese modo, la

teorías del estado deben abarcar toda la formación social porque estado y sociedad civil están entrelazados. Las implicaciones intelectuales y políticas de ese punto de inicio no pueden ser sobreestimadas. Ver Bucciglucksman (1975), Macchiocci (1974), Thomas (1994), y Trouillot (1990,1996). Miliband lanzó la crítica marxista del leninismo y su implicación de que tomar el control del gobierno significaba tomar el control del poder estatal. Esta crítica, implícita en Gramsci, surgió tímidamente en los '60 y creció en los '70, especialmente en Inglaterra y Francia. Para Miliband, aunque el gobierno es investido por el poder del estado, el estado no es reductible al gobierno. Más aún, el liderazgo de la élite estatal incluye individuos que no están propiamente en el gobierno, pero que frecuentemente pertenecen a clases privilegiadas. Miliband raramente cita a Lenin, pero la crítica es evidente. Él también sugiere que el estudio del estado debe comenzar con el problema preliminar de que “‘el estado’ no es una cosa, es decir que no existe como tal”. Sobre la contribución de Poulantzas, ver Thomas (1994) y Jessop (1985). Sobre Althusser, ver Resch (1992).

hegemonía se despliega en una formación social particular. “Un contrato social es la confirmación de la nacionalidad, la confirmación de la sociedad civil por el estado, la confirmación de la ‘mismidad’ y la interdependencia a través de las fronteras de las clases” (Trouillot, 1997:51). Sin embargo, incluso esta formulación necesita ser restringida, para que no parezca que está reforzando la homología del siglo XIX entre estado y nación.

La ciencia social del siglo XIX, institucionalizada en departamentos académicos otorgadores de títulos, en un contexto en el que la fe en el progreso era incuestionable, construyó sus categorías sobre el supuesto de que el mundo en el cual esta ciencia había nacido no era sólo el presente que seguía linealmente al pasado, sino también el augurio de un futuro ordenado. Para la mayoría de sus practicantes, el mundo podía no haber sido eterno, pero los referentes de las categorías -cuando no las categorías en sí mismas- usadas para describir el mundo eran eternas. De este modo, la fusión entre estado y nación fue naturalizada porque esto parecía tan obvio en aquel presente -a pesar de las evidencias en contrario. Pero, ¿qué sucedería si la correspondencia entre estado y nacionalidad, que fuera ejemplificada por la historia del Norte del Atlántico y naturalizada por su ciencia social, fuera ella misma histórica?⁶ De hecho, no hay bases teóricas en las que se pueda afirmar la necesidad de esa correspondencia, y existen algunos fundamentos históricos que la cuestionan.

Si suspendemos la homología estado-nación, tal como sugiero que deberíamos hacerlo, nosotros tendremos una visión del estado más poderosa, y aún más abierta a la etnografía, a partir de descubrir que, teóricamente, no hay necesariamente un lugar, un sitio, ni institucional ni geográfico, para el estado. Dentro de esta visión, el estado aparece como un campo abierto con múltiples fronteras y sin fijación institucional - lo que implica decir que es necesario conceptualizarlo en más de un nivel. Aunque unido a un número de aparatos, no todos ellos gubernamentales, el estado no es un aparato sino un conjunto de procesos. No está necesariamente limitado por alguna institución, ni hay institución que pueda

⁶ Para una aproximación crítica a la homología estado-nación, ver Trouillot (1990: esp 23-26).

encapsularlo completamente. En ese nivel, su materialidad reside mucho menos en las instituciones que en el discurrir de los procesos y relaciones de poder, para que de esta manera se generen nuevos espacios para el desenvolvimiento del poder. Como lo he señalado en otra parte (Trouillot 1990:19), “en cierto nivel, la división entre estado y sociedad civil está relacionada con una cuestión de definición... A otro nivel está relacionada con la metodología en sentido amplio.”

Volveré más tarde a las consecuencias particulares de esta posición en la era de la globalización. Primero, sin embargo, necesito hacer explícito qué entiendo por “globalización”.

Una globalidad fragmentada

Si por “globalización” queremos referirnos al flujo masivo de bienes, personas, información, y capital a través de enormes áreas de la superficie terrestre de modo tal que hace que las partes dependan del conjunto, el mundo ha sido global desde el siglo XVI. Reconocer ese flujo global histórico no es pretender que no haya nada nuevo bajo el sol.

Más bien, la referencia a un registro empírico masivo de flujos globales nos ayuda, primero, a exponer lo que yo llamo “globaritarismo” como una ideología dominante de nuestros tiempos y, segundo, a insistir en la necesidad política y académica de establecer una distancia crítica respecto de esa ideología.

Si nos aproximamos ingenuamente a la globalización como a la reciente emergencia de “un mundo sin fronteras”, nos encontraremos repitiendo consignas publicitarias sin saber cómo terminamos haciéndolo. De ese modo, no tenemos en cuenta el hecho de que palabras como “global” y “globalización”, en su uso corriente, fueron difundidas inicialmente de modo muy agresivo por agentes y escuelas de marketing. Masaki y Helsen (1998) localizan lo que ellos ingenuamente llaman “el imperativo de la globalización” en la búsqueda de nuevas estrategias de mercado.⁷ Los análisis

⁷ Tanto “globalización” como “aldea global” datan al menos de los sesenta, cuando Zbigniew Brzezinski y Marshall McLuhan enfatizaban respectivamente el status universal del modelo norteamericano de modernidad y la convergencia tecnológica del mundo [Mattelart 2000].

académicos necesitan ir más allá de las consignas, clichés y narrativas que sustentan estas estrategias. Estos tropos no sólo silencian las historias del mundo, sino que también encubren nuestro entendimiento del presente – incluidas sus propias condiciones de posibilidad – por el ocultamiento de la cambiante historia del capital. Los cambios en la composición y espacialización del capital han sido cruciales en la constitución de la unicidad de nuestro presente. En este ensayo, yo reservo la palabra “globalización” para la confluencia de dichos cambios.⁸

El capitalismo ha sido siempre transnacional. En su trayectoria histórica, atravesar las fronteras le ha sido inherente. Por cierto, algunos analistas han sugerido que el capitalismo tiende necesariamente a cruzar los márgenes, puesto que debe buscar nuevos espacios a integrar dentro de su esfera. (Luxemburgo 1951[1914]). Hoy como en el pasado, la mayor parte de las empresas que operan en más de un país, tienen una casa matriz distinguible. Lo que es nuevo no es la internacionalización del capital como tal, sino los cambios en la espacialización de la economía mundial y el volumen y, especialmente, el tipo de movimientos que ocurren a través de los límites políticos.

Ciertamente, la historia del mundo presente es caracterizada por una serie de cambios fundamentales en la espacialización, muchos de los cuales son capturados a la vez que oscurecidos por la palabra “globalización”. Cambios en la espacialización de los mercados –el mercado de capital (financiero e industrial), el mercado de trabajo y el mercado de bienes de consumo– crean espacialidades superpuestas que no están sincronizadas pero juntas ayudan a otorgar a la economía mundial su forma actual. La economía del mundo aparece ahora como una Tríada (Ohmae 1985) – un triángulo con tres grandes centros regionales como sus polos, uno, en el Norte de América (los Estados Unidos y Canadá), uno en Asia (con

⁸ Los economistas no están totalmente de acuerdo en la lista de los cambios que componen la globalización. He tendido a confiar en los observadores más críticos. François Chesnais (1994) y Serge Cordelier (2000) proveen dos síntesis accesibles y Linda Weiss (1997) una de las más brutales críticas de la globalización. Ver también Adda (1996^a, b) Reich (1992), Sassen (1998), Wade (1996).

Japón en su epicentro), y otro en Europa Occidental (con Alemania como epicentro).⁹

El principal cambio está en el dinamismo de las inversiones internacionales. La magnitud de la inversión directa extranjera – por ejemplo, el capital desplegado desde un país en filiales y subsidiarias localizadas en otro país – alcanzó a U\$S 317 billones en 1995, haciendo palidecer los registros máximos de otras épocas.

Inclusive, a pesar de algunas fluctuaciones anuales, notablemente en 1992 y en 1998, después de la crisis asiática, el aumento de estas cifras a largo plazo parece continuo. Ciertamente, la inversión extranjera directa está volviéndose la forma primaria de intercambio a través de las fronteras de los estados, un lugar tradicionalmente ocupado por el comercio, y de este modo influye más que nunca en el ritmo y la dirección del intercambio internacional.

Dentro de estas inversiones extranjeras directas, la principal transferencia se ha alejado de las manufacturas hacia objetivos “no productivos” como bienes raíces, turismo, shoppings, banca y seguros (Weiss, 1997:8). Entre los países líderes, sólo las inversiones extranjeras japonesas continúan teniendo valores relativamente altos en manufacturas. Los mayores beneficios, nacionales y transnacionales, se obtienen ahora bajo la forma de renta, especialmente en los mercados financieros. Como muchas compañías transnacionales involucradas en manufacturas devinieron, de hecho, “grupos financieros con una concentración industrial” (Chesnais 1994:61-66), la lógica del capital financiero – la cual, según nos advirtieron Marx y Keynes, es muy cercana a la lógica de la usura - se convierte en la lógica dominante del sistema. La fragilidad de los mercados financieros no regulados combina rumores de *débaçle* inmediata con expectativas de ganancias extravagantes. Por cierto, la ganancia rápida en cualquier lugar, por cualquier medio, un objetivo inherente a la lógica del capital en sí mismo, se convierte en el ethos explícito de los empresarios. Al mismo tiempo y por las mismas razones, el capital no se mueve

⁹ En 1970, 64 de entre las 100 primeras corporaciones en el mundo, tenían su base en los Estados Unidos. El Reino Unido le seguía en segundo lugar a la distancia, con 9, seguido por Alemania, Japón y Francia. Hacia 1997, 29 corporaciones en la lista de las 100 primeras de *Fortune* tenían su base en Japón, 24 en Estados Unidos, 13 en Alemania y 10 en Francia.

libremente a través de las fronteras. Más bien, la distribución del capital es crecientemente selectiva. La mayor parte del movimiento económico mundial y especialmente la inversión externa directa, ocurre entre o dentro de los polos de la Tríada.¹⁰ Fuera de la Tríada, el intercambio tiende a tomar la forma menor del subcontrato.

Que el intercambio global continúe concentrado entre unos pocos países, principalmente en el Atlántico Norte, China y Japón, es el tercer rasgo principal de nuestro tiempo - la creciente concentración del poder económico. El intercambio tiene lugar en primer lugar entre los mismos países, entre firmas del mismo sector, entre sucursales de la misma firma. Lejos de moverse hacia mercados más abiertos, la economía mundial ha presenciado en los 80 y los 90 la emergencia de “mercados privados” que dominan sus intercambios más importantes.

Al mismo tiempo, no hemos presenciado la integración global del precio del trabajo que algunos optimistas prometieron en los 60. Por el contrario, el mercado mundial del trabajo se ha vuelto más diferenciado. Está diferenciado por región, con los más altos precios en el Atlántico Norte y los más bajos en la mayor parte de Asia, América Latina y especialmente, África. Está también diferenciado al interior de los países. Sólo en un nivel inferior, el de productos de consumo, la economía mundial se está moviendo, a gran velocidad, hacia un único mercado integrado. Y aún allí, unas pocas industrias son responsables de la mayor parte de esa integración.

En síntesis, globalización no quiere decir que la economía mundial esté ahora integrada en un único espacio. Más bien, significa que la economía está desarrollando tres modos de espacialización contradictorios pero

¹⁰ El capital invertido tiende a provenir de seis países: los Estados Unidos, Japón, Reino Unido, Alemania, Francia y Holanda, más o menos en ese orden. Aún más importante, las inversiones llegan principalmente a los mismos países, con el agregado notable de China. De los 317 billones invertidos a través de los límites de los estados en 1995, U\$S 194 billones permanecieron en el Norte del Atlántico (en los Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea). Fuera del Atlántico Norte, sólo la participación de China (U\$S 37,7 billones) era significativa. América Latina considerada como unidad recibió tanto como Suecia sola. China fue el segundo socio comercial de Japón y Japón es el principal socio comercial de China.

superpuestos: (1) flexibilidad aumentada, aunque selectiva del capital, principalmente financiero, dentro o entre los polos de la Tríada; (2) mercados de trabajo fragmentados al interior y a través de los límites nacionales; y (3) integración creciente, aunque desigual, de los mercados de consumo a nivel mundial.

La principal consecuencia socioeconómica de esas superposiciones es la polarización global. Esta polarización toma múltiples formas. Entre compradores y vendedores, estamos presenciando la emergencia de oligopolios mundiales: actualmente, unas pocas firmas controlan el mercado mundial de la mayor parte de las mercancías. La polarización se ha acrecentado también entre los países. Han pasado los sueños desarrollistas que suponían que todos los países seguirían por la misma senda. La mayor parte de los países y algunas fracciones continentales (notablemente el África subsahariana) están volviéndose más y más pobres cada día. Y aún más importante, lo que sucede ahí está volviéndose irrelevante para la economía mundial. Dada la declinante significación de la geopolítica en la era posterior a la guerra fría, esto significa bastante concretamente que parte de la humanidad está siendo vista por los líderes políticos y económicos como superflua. El mapa global incluye agujeros negros de tamaño creciente.

La polarización también ocurre al interior de las fronteras, aún en el Atlántico Norte. De acuerdo con el ex Secretario de Trabajo Robert Reich (1992), a una quinta parte de la población de los Estados Unidos le está yendo cada vez mejor mientras las restantes cuatro quintas partes están transitando un camino descendente.

Los programas de orientación socialista están aminorando el paso a lo largo de tendencias similares en Europa, pero están sujetos a serios enfrentamientos políticos por parte de las grandes corporaciones y sus aliados. Aquí como allá continúa el debate acerca del número de ciudadanos que caerán del lado malo de la brecha. Sin embargo, existe un nuevo rasgo: el reconocimiento público de que las poblaciones dentro de estos mismos países industrializados están siendo orientadas en diferentes direcciones.

Para peor, los líderes académicos, políticos y de las corporaciones en la mayor parte del mundo se han unido en lo que Linda Weiss (1997, 1998) ha llamado “la construcción política de la desesperanza”, diciéndoles a los

ciudadanos que ellos nada pueden hacer respecto de las consecuencias sociales de la globalización. Los supuestos, en algún tiempo inequívocos, acerca de que los ciudadanos de las democracias occidentales tenían algún control sobre el destino de sus barrios, sus ciudades o sus chicos están siendo cuestionados.¹¹

Estamos lejos de la visión idílica de una aldea global en la cual cada quien está conectado con todos los demás. Más bien, nuestro tiempo está marcado por una creciente conciencia de flujos y procesos globales entre poblaciones fragmentadas. Historias mundiales e historias locales se van entretejiendo cada vez más, al tiempo que se vuelven crecientemente contradictorias. La homogeneización es, en el mejor de los casos, superficial.

Seguramente, unas pocas corporaciones de los Estados Unidos, Japón, Italia y Francia ahora parecen compartir el control cultural global por medio de la distribución de entretenimientos e indumentaria. La integración planetaria del mercado de bienes de consumo vincula a la población mundial en una red de consumo en la cual los ideales nacionales se vuelven más similares, aunque los medios para alcanzarlos excluyan a una creciente mayoría. La integración de ese mercado, la velocidad de las comunicaciones y los oligopolios de *medios* y entretenimientos ayudan a proyectar la misma imagen de la buena vida alrededor de todo el mundo. En cierto sentido, estamos verdaderamente presenciando por primera vez, especialmente entre la juventud, la producción global del deseo.

Al mismo tiempo, esta producción global del deseo no satisface las necesidades culturales de pueblos específicos. De hecho, esto exacerba las tensiones debidas a la polarización social antes descrita, los limitados medios disponibles para satisfacer aquellos nuevos deseos y las discrepancias, siempre específicas, entre modelos globales y modelos locales. Más aún, no hay un modelo cultural global que atenúe aquellas

¹¹ El populismo de derecha, se nutre en esa desesperación, silenciando el hecho de que la polarización social no es algo que nos sucede por el funcionamiento de un anónimo mercado mundial, sino el parcial y predecible resultado de decisiones políticas concientes tomadas por el Atlántico Norte desde la era Reagan-Tatcher.

discrepancias, en parte porque no hay acuerdo en los significados en sentido amplio. En verdad, con la caída del bloque soviético, las sociedades de Atlántico Norte en general y los Estados Unidos en particular, encuentran una creciente dificultad para generar una significación y propósitos comunes para la vida social de sus ciudadanos, restando sólo el acuerdo alrededor de un ideal que ellos pueden vender a otros (Reich 1992, Laidi 1993). Resumiendo, dentro y a través de las fronteras de los estados, la polarización y el enmarañamiento crean ahora nuevas formas de percepción de la distancia – temporal, espacial, social y cultural - conformando de este modo un nuevo horizonte de historicidad que yo llamo “globalidad fragmentada”.

“Contenedores* cambiantes”

Con el trasfondo de esta globalidad fragmentada, nosotros podremos evaluar mejor los cambios en la efectividad del estado nacional en tanto localización primaria del intercambio económico, la contienda política, o la negociación cultural. Además, necesitamos evaluar estos cambios sabiendo que el estado nacional nunca fue un contenedor tan cerrado e ineludible – económicamente, políticamente o culturalmente- como los políticos y académicos han pretendido desde el siglo XIX. Una vez que vemos la necesidad del estado nacional como una ficción vivida de la modernidad tardía –en efecto, posiblemente no más que un pequeño paréntesis en la historia humana- quizás nos sorprendamos menos por los cambios que hoy enfrentamos y seamos capaces de responder a ellos con la imaginación intelectual que se merecen.¹²

Estos cambios no pueden ser medidos cuantitativamente en una única escala. Aunque quisiéramos reducir los estados a gobiernos, una rápida comparación de Irán, México, India, Francia, Irak, y los Estados Unidos dentro de y a través de sus fronteras reconocidas, sugiere que uno no puede apreciar el poder gubernamental en un continuum. De este modo, las afirmaciones respecto de la declinación de la relevancia del

* N. de T.: ‘Container’ en el original.

¹² Como parte de su audaz intento de vincular economía, sociedad y los principios y dogmas ideológico-culturales del neoliberalismo en nuestro tiempo, Commaroff y Commaroff (2000: 318-30) proveen el más ambicioso resumen del debate acerca del estado y la globalización de que dispongo.

estado a lo largo de las líneas globalitaristas son en el mejor de los casos, prematuras, aunque sea porque presuponen ese continuum.¹³ Antes que unilineales, los cambios son múltiples y, como he sugerido, a veces también contradictorios (ver también Comaroff y Comaroff, 2000). Destacaré solo algunos de los más significativos.

Primero, y directamente vinculado con la globalización como fue aquí definida, las esferas de intervención de los gobiernos nacionales están cambiando rápidamente. Segundo, y bastante importante para los antropólogos socioculturales, los estados nacionales están actuando en la actualidad como marcos ideológicos y culturales menos eficaces, especialmente –pero no sólo- en el Atlántico Norte. Tercero, nuevos procesos y prácticas que parecen rechazar o traspasar la forma del estado –como los nuevos movimientos sociales- están deslizándose por los intersticios abiertos de este modo. Cuarto, más aún, procesos y prácticas características del estado predominan cada vez más en espacios no gubernamentales como ONGs o instituciones transestatales como el Banco Mundial. Estas prácticas, a su vez, producen efectos de estado tan poderosos como aquellos de los gobiernos nacionales.

Para complicar el asunto, nada de esto significa que los gobiernos nacionales hayan dejado de intervenir en la marcha económica o en otras áreas de la vida. En efecto, el número de estados soberanos más que se cuadruplicó entre 1945 y finales del último siglo. Sin embargo, los tipos de intervención nacional que los gobiernos llevan a cabo han cambiado, por momentos, considerablemente. Por ejemplo, como Terry Turner (sin fecha) observa agudamente, podemos

¹³ Hay otros problemas. Esas tesis también descansan en la ilusión de que la política es una esfera analíticamente distintiva, una proposición largamente cuestionada por Talcott Parsons y explícitamente rechazada por la mayor parte de los teóricos que he citado aquí, notablemente Gramsci. Un segundo deslizamiento teórico es la ilusión de que estado es equivalente a gobierno. Dado que muchos de los tipos de intervención imaginados tradicionalmente dentro de la esfera de los gobiernos hoy son menos fácilmente ejecutables o simplemente imposibles, los globalitaristas concluyen que el estado ha declinado. Una tercera réplica teórica a la tesis de la declinación de la relevancia es que el estado – y el sistema internacional de estados sin el cual cada estado es, a la inversa, impensable - es una condición necesaria para la globalización. La globalización es teóricamente o históricamente inconcebible sin un número de fuertes estados y un sistema internacional de estados especialmente fuerte.

ver en retrospectiva que desde el fin de la Segunda Guerra Mundial la intervención militar al interior del Atlántico Norte se convirtió en obsoleta como medio para lograr hacerse de la dirección de la economía mundial capitalista.¹⁴ Más recientemente, nuevos cambios en la composición y la espacialización del capital han vuelto las intervenciones gubernamentales en el comercio internacional tanto menos necesarias como menos efectivas.¹⁵

Más crucial para los antropólogos socioculturales, el estado nacional ya no funciona como marco social, político e ideológico primario de las poblaciones que viven dentro de sus márgenes. Seguramente, nunca fue un contenedor tan sólido como fuimos llevados a pensar. Sin embargo, en el Atlántico Norte al menos y, en menor grado en los estados americanos que vivieron la primera ola de descolonización, esto a menudo aseguró los límites exteriores de la lucha política, el intercambio económico, y la negociación cultural. Más importante, a pesar de su actuación, a menudo se esperó –y con frecuencia se pretendió– que los gobiernos nacionales actuaran como “contenedores” culturales. Actualmente, ni los ciudadanos ni los líderes gubernamentales esperan que el estado desempeñe efectivamente ese rol.¹⁶

Esto sucede en parte por la incapacidad de los gobiernos (especialmente en el Sur) o la indiferencia (especialmente en el Atlántico Norte) de hacer frente a la creciente desigualdad introducida por la globalización y, aún más importante, la percepción de los ciudadanos de

¹⁴ Irónicamente, los dos grandes perdedores de la Segunda Guerra Mundial formalizaron esta nueva tendencia mejor y más rápido que sus competidores. Japón y Alemania Occidental cosecharon los beneficios por haber renunciado, por opción y por la fuerza, a la amenaza de la guerra. Este argumento no invalida los beneficios de una máquina de guerra para remontar una economía nacional, tal como las administraciones de Reagan y Clinton demuestran.

¹⁵ Hay áreas de gran controversia, como las *guerras bananeras* entre EEUU y la Unión Europea lo sugieren. Además las intervenciones gubernamentales transestatales para remover las barreras comerciales tienden a presionar al Sur mucho más que al Norte en pos de la remoción de sus tarifas y protecciones.

¹⁶ La reciente historia de Francia lo ejemplifica. Desde Francisco I a Luis XIV a Napoleón, De Gaulle, y Mitterrand, los gobiernos franceses han tomado siempre seriamente el rol del estado como un “contenedor” cultural. A pesar de los antecedentes, la tasa de declinación de las expectativas en este sentido, durante los años recientes es notable.

esta incapacidad o indiferencia. Esto también sucede, conexamente, a raíz de la creciente incapacidad de los gobiernos nacionales –desde Irán y China hasta Francia y los Estados Unidos– para desempeñar el rol de dirección en el modelado de prácticas, modelos e ideas culturales. Más aun, casi en todos lados han declinado las correspondencias entre el sistema de estado y lo que Althusser (1971 [1969]) llamó los “aparatos ideológicos del estado” al mismo tiempo que esos aparatos reflejan (mejor dicho, desvían) cada vez más las tensiones sociales vividas localmente, notoriamente aquellas de raza y clase.¹⁷ La ficción de las entidades nacionales aisladas construida por políticos y académicos en el siglo XIX ya no se relaciona con las experiencias vividas por la mayoría de las poblaciones.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, rápidamente aparecieron rupturas en la ficción. En el Atlántico Norte, la declinante relevancia de la guerra como la senda de la dirección económica significó una declinación en el uso y la efectividad de la retórica nacionalista –en parte enmascarada y prolongada, especialmente en Estados Unidos, por la existencia del bloque Soviético. En otros lugares, los profundos estremecimientos experimentados en África y Asia durante la segunda oleada de descolonización¹⁸ auguraron grandes males para la presumida homogeneidad nacional. Dónde y cómo establecer los límites de las nuevas políticas de África y Asia a menudo evidenció una situación imprevista. La demarcación de divisiones por decreto, en casos tan variados como India –Pakistán, Israel-Palestina, y Togo francesa y alemana, expuso la artificialidad y el uso de poder inherente a las prácticas de marcación de fronteras. Casos tales como los *pieds noirs* de Argelia sugieren que incluso la distinción entre el “lugar propio” y cualquier otra parte no era tan sencilla como alguna vez se pensó.

Desde la década de 1950 hasta 1990, la guerra fría, a pesar de su retórica, también trajo a casa la relevancia de eventos ocurridos en otras regiones del globo. En Norteamérica, Vietnam –como luego la toma de rehenes en Teherán– jugó un rol

¹⁷ La completa erosión del aparato ideológico estatal en las ex colonias es obvia. Una mirada sobre la Iglesia Católica en Francia y el sistema educacional en los Estados Unidos desde 1950 al presente podría ilustrar el punto para el Atlántico Norte.

¹⁸ La primera oleada de descolonización ocurrió, por supuesto, en las Américas en el siglo XIX, con las sucesivas independencias de los Estados Unidos, Haití, las ex colonias españolas y Brasil.

fundamental en la producción de este entendimiento. En los 70 y los 80, los ciudadanos a lo ancho de todo el Atlántico Norte descubrieron su parcial dependencia de las importaciones extranjeras después de que la mayoría de los países de la OPEP asumieron la propiedad de sus tierras petroleras.

Uno puede seguramente sugerir, sin embargo, que cambios geopolíticos y económicos como aquellos en la escena mundial fueron menos cruciales en la descomposición de la ficción de entidades impermeables que la manera en que esos cambios fueron interiorizados por los ciudadanos comunes en el Atlántico Norte y cómo esto afectó sus vidas cotidianas. Para poner un ejemplo, el hecho del involucramiento de EEUU en Indochina en 1960s fue menos defendible que el de España en México en el siglo XVII, aquél de Francia en Dominique/Haití en el siglo XVIII, o el de Gran Bretaña en India en el siglo XIX. Esto no habría sido suficiente para cambiar la imaginación de los norteamericanos, de no haber sido por el hecho de que la televisión hizo de la guerra de Vietnam un acontecimiento diario en sus casas, sólo como más tarde la confrontación Irán-EEUU fuera un asunto de la rutina nocturna. Aún más que la televisión, los refugiados golpeando la puerta, nuevos patrones de inmigración, y la reconfiguración del paisaje étnico y cultural en la mayoría de las ciudades del Atlántico Norte trajeron la “otra parte” a la propia casa. La velocidad y cantidad de flujos globales –incluyendo el flujo de poblaciones consideradas diferentes y frecuentemente reivindicando tal diferencia, al tiempo que insistiendo en la aceptación– minó profundamente la noción de entidades delimitadas, y no sólo a nivel abstracto. Los bárbaros estaban a la puerta, y lo que era bastante peor, ellos estaban también pretendiendo que “nuestra” casa podría ser suya.

Los nativos del Atlántico Norte, a su tiempo, rechazaron y se acomodaron a esa presencia diaria. Así, a pesar de las prácticas segregacionistas, la mercantilización de costumbres y productos exóticos desde Zen y yoga hasta camisas Mao y *dashikis* facilitaron una moderada aceptación cultural. La comida jugó un rol principal en ese proceso. Almacenes coreanos y especierías árabes en Francia proveyeron los servicios necesarios. Más importante puede haber sido la onda de restaurantes étnicos que inundaron París, Londres, Amsterdam, y Nueva York, que comenzó en los 70 y ahora traen *cus cus*, *curry* o *sushi*, a las ciudades interiores que una vez se pensaron impermeables a las importaciones culturales del Tercer Mundo. La presencia cotidiana del Otro,

mediatizada, mercantilizada, estrechamente controlada, y no obstante, aparentemente ineludible –como Otro– en la pantalla o en la calles es el principal tropo de la ideología globalitarista. Aún este tropo funciona, al menos en parte, porque ilustra para la población local la creciente dificultad que el estado nacional tiene para funcionar como “contenedor”, incluso en el Atlántico Norte.¹⁹

Hacia una etnografía del Estado

Nada de esto significa que la relevancia del estado esté declinando, si por “estado” nos referimos a algo más que al aparato de los gobiernos nacionales. Si el estado es realmente un conjunto de prácticas y procesos y sus efectos, tanto como un modo de mirarlos, necesitamos seguir la pista de esas prácticas, procesos y efectos, se coagulen o no alrededor de gobiernos nacionales. En la era de la globalización, prácticas, funciones y efectos del estado ocurren en sitios que no coinciden con el espacio nacional, pero nunca lo superan enteramente. El desafío para los antropólogos es estudiar estas prácticas, funciones y efectos sin prejuicios acerca de los sitios o formas en que se los encuentra. Quiero destacar las posibilidades de esta aproximación, para luego bosquejar los efectos del estado mencionados al inicio de este ensayo, entendiéndolos como fundamentos para una etnografía del estado.

Nicos Poulantzas (1972) identificó lo que yo he llamado el “efecto de aislamiento”, que yo he leído como la producción de un tipo particular de sujeto –como un miembro atomizado de un público – un rasgo clave la política estatal. A través del aislamiento de conflictos socioeconómicos, especialmente las divisiones de clase, el estado no sólo garantiza su propia autonomía relativa *vis a vis* de las clases dominantes, sino que también produce ciudadanos atomizados, individualizados, los que serían aparentemente iguales en una supuesta esfera pública indiferenciada. Hoy en día,

¹⁹ Hay muchos otros signos de la tensión entre la visibilidad de grupos claramente marcados como Otros y el reclamo homogeneizante del estado. La consolidación de votos étnicos en los Estados Unidos está entre los más estruendosos. Yo me he concentrado aquí en el Atlántico Norte, no porque estén ausentes signos similares en el Sur, sino porque la ficción de entidades homogéneas nunca se obtuvo completamente en el Sur o en Europa del Este. Por decirlo de otra manera, el estado periférico nunca fue tan competente en la producción de un efecto de identificación como el estado en Francia, Gran Bretaña, Alemania o los Estados Unidos.

en muchas sociedades actuales la esfera pública está diferencialmente fracturada, tal como escribió Poulantzas. Simultáneamente, el relativo incremento del poder judicial en casi todos los países del Atlántico Norte, sugiere que la atomización individual está acompañada por nuevas formas de homogeneización. Las políticas de identidad, notoriamente señalan nuevas configuraciones de ciudadanía. El desarrollo de nociones de derechos humanos universales y la difusión global de la filosofía legal del Atlántico Norte y sus prácticas –por citar solo un ejemplo– están produciendo efectos de aislamiento entre Norte y Sur, a veces con el respaldo de los gobiernos nacionales o con el todavía tímido soporte de instituciones transnacionales similares al estado. En resumen, el efecto de aislamiento –incluido el enmascaramiento de las divisiones de clase y la producción en conjunto de lo público y de los sujetos atomizados que lo constituyen– que aún prevalece, a pesar de los procesos y las prácticas –y por consiguiente el poder– está siendo desplegado en sitios inesperados.

Siguiendo a Poulantzas en su aproximación y terminología, nosotros podemos identificar una cantidad de efectos del estado que él no identificó por su nombre. Al efecto de aislamiento, nosotros podemos agregar, como sugerí anteriormente, un efecto de identificación, un efecto de legibilidad y un efecto de espacialización. En todos los casos observamos un *desplazamiento* de las funciones del estado, un movimiento hacia fuera del sistema de estado descrito por Miliband o aun de los aparatos de estado descritos por Althusser. El poder del estado está siendo redispuesto, efectos del estado están apareciendo en nuevos sitios, y, en la mayoría de los casos, el movimiento va distanciándose de los espacios nacionales hacia otros espacios infra, supra o transnacionales. Una etnografía del estado puede y debería capturar esos efectos.

Por ejemplo, podemos denominar efecto de identificación a la capacidad de desarrollar una convicción compartida acerca de que “estamos todos en el mismo bote” y, por consiguiente, interpelar a sujetos como miembros homogéneos de varias comunidades imaginadas (Poulantzas 1972, Balibar 1997, Scott 1998, Trouillot 1997). Ese proceso homogeneizante, alguna vez pensado como la esfera fundamental del estado nacional, es ahora compartido por un número de sitios y procesos competidores, desde la región hasta el género, la raza y la etnicidad. Aquí nuevamente las políticas de identidad ayudan a redefinir lo nacional para mejor y –frecuentemente– para peor.

Los así llamados nuevos movimientos sociales se han convertido también en sitios para la acumulación, redireccionamiento o despliegue de poder social y político que frecuentemente intenta superar o desafiar los estados nacionales aunque con limitado éxito.²⁰ Muchos de ellos son simultáneamente parroquiales y globales, con múltiples fronteras.²¹ Algunos pocos ven las fronteras nacionales como la principal línea de demarcación de sus actividades.

El estado nacional también produce lo que yo denomino efecto de legibilidad, siguiendo el desarrollo de Scott (1998) sobre prácticas de legibilidad. Sin embargo, como el mismo Scott sugiere, los gobiernos no son los únicos actores que “se parecen a un estado”. Especialmente en el Sur, las ONG y las instituciones transestatales desde el Banco Mundial hasta el Fondo Monetario Internacional ahora desempeñan este lugar –a veces mejor– y producen efectos de legibilidad similares cuando no más potentes. Las estadísticas de UNESCO o de la OIT son más confiables que las de muchos gobiernos nacionales. La capacidad de las ONG para planear efectivamente a niveles local y regional, sobre todo el Sur, y el poder del Banco Mundial o del FMI para prever y promover en todas partes un futuro basado en sus evaluaciones –de cualquier modo cuestionables– del presente, ha desplazado actualmente una cantidad de prácticas estatales por fuera de lo nacional. Para bien o para mal –para mejor o peor– todas ellas son, analíticamente, instituciones homologables al estado.

Dado que la mayor parte de los efectos estatales pueden ser captados en parte a través de los sujetos que ellos ayudan a producir, los etnógrafos están bien posicionados para seguir ese desplazamiento mundial de las funciones y prácticas del estado. Por dar un ejemplo obvio, nosotros estamos bien equipados para seguir a las ONG sobre el terreno, evaluar su capacidad de interpelar y la aceptación consciente o el rechazo de tal interpelación. La etnografía de Kamran Ali de una campaña de planificación familiar en

²⁰ La lista de Emily y el Sierra Club en Estados Unidos y el German Greens, sugieren que la capacidad de los movimientos sociales –feministas, ecológicos u otros– para evitar la institucionalización de tipo estado-nación no es tan evidente como en otro tiempo se pensó.

²¹ De este modo, muchos casi todos los movimientos separatistas tienen fieles fuera de los márgenes geopolíticos de los estados a los que combaten.

Egipto –que involucra a USAID (United States Agency for International Development), una ONG financiada internacionalmente y el gobierno nacional-, sugiere que uno de los potenciales resultados de las campañas es la producción de sujetos “modernos” recientemente atomizados (Alí 1996, 2000). Creo haber leído que Alí decía que prácticas gubernamentales y no gubernamentales se combinan en la producción de ciudadanos bastante nuevos pero bastante “egipcios”. De modo similar, los intentos de las ONG por reformar los “chicos de la calle” en la ciudad de México están también produciendo sujetos nuevos, pero mexicanos, con una combinación diferente de acomodación y resistencia en la parte de la ciudadanía así modelada (Magazine 1999). Ciertamente la magnitud con que los sujetos emergentes reconocen la naturaleza similar al estado de las organizaciones no gubernamentales e instituciones, varía. Más aún, hay indicios de que la conciencia acerca de su rol está acrecentándose.²²

Las ONG son sólo los casos más obvios que requieren una etnografía de los efectos del estado. Necesitamos señalar, sin embargo, que ellas se incluyen en un movimiento más general de privatización de las funciones del estado (por ejemplo, Hibou: 1999) de las cuales la aparición de cárceles privatizadas, la proliferación de ejércitos privados en África y América Latina, y la privatización de empresas públicas en el mundo entero son otras manifestaciones evidentes. Sólo cuidadosas etnografías nos dirán la magnitud de cuáles de éstas –o las manifestaciones emergentes menos visibles- producen efectos estatales.

¿Los estados nacionales han retrocedido hasta resguardar sólo sus fronteras –y además con poca efectividad? Las tres historias con las cuales yo inicié este texto sugieren que los gobiernos aún desempeñan este rol.²³ Más importante,

²² Beatrice Pouligny (comunicación personal) informa que algunos haitianos dicen refiriéndose a las ONG: “yo fé leta” (literalmente, “ellos hacen el estado”) lo que en idioma haitiano sugiere que ellos han identificado un espacio/lugar de poder igual a, y capaz de, desafiar al estado pero también formar un estado/matón potencial. (La misma palabra puede significar “estado” o “matón” en haitiano).

²³ Ellos también sugieren que no siempre es eficiente –o, al menos, este desempeño se ve empañado por una creciente ambigüedad. Después de todo, Sen fue a Davos y recibió una disculpa pública del gobierno suizo. Desde 1999 Alemania ha reconocido el *jus solis* (derecho a la ciudadanía por nacimiento) tanto como el *jus sanguinis* (derechos por descendencia). Otras

prescindiendo de la relativa efectividad de los gobiernos para patrullar las fronteras, el estado nacional aún produce –y bastante efectivamente en la mayoría de las poblaciones- un efecto de espacialización. Los ciudadanos del mundo entero pueden rechazar el slogan de que todas las nacionalidades están en el mismo bote, pero permanecen conscientes de que “nosotros” (como sea que se lo defina) vivimos en lugares usualmente definidos en parte por una política de fronteras.

Mientras el efecto de espacialización puede también ser producido en otros sitios, es menos probable que los gobiernos nacionales renuncien a su poder en este dominio. Además, con la espectacular excepción de la Unión Europea, -una verdaderamente innovadora y cambiante formación acerca de la cual nosotros no podemos todavía aventurar sus consecuencias políticas a largo plazo dentro y fuera de Europa- los estados nacionales probablemente persistirán en su capacidad de definir políticas de fronteras. Primero, en un contexto marcado por la obvia incapacidad de los estados nacionales para funcionar como marcos de referencia culturales, la protección de las fronteras se transforma fácilmente en una ficción política con la cual atraer apoyo de una ciudadanía confundida. Segundo, el derecho a definir las fronteras permanece como un componente fundamental de la soberanía, a la cual los gobiernos nacionales deben aferrarse en una época en la cual muchas funciones del estado están siendo desempeñadas en otra parte. Por decirlo claramente, los estados nacionales producen países y los países permanecen fundamentalmente basados en el espacio. Por ende, bastante comprensiblemente, la mayor parte de los seres humanos continúa actuando localmente la mayor parte del tiempo, aunque muchos otros pretenden pensar globalmente. El desafío de la antropología en este siglo puede muy bien ser prestar la merecida atención a las tensiones inherentes a esa contradicción.

La reespacialización de varias funciones y efectos del estado está teniendo lugar en un contexto ya marcado por la reespacialización diferencial de los mercados. Estas espacialidades incongruentes inevitablemente producen tensiones en la localización del poder del estado y en las

dificultades de la etnia turca/musulmanes son atendidas hoy por las cortes alemanas –un signo más, por si fuera necesario, de la expansión global de la retórica judicial y sus alcances.

percepciones y la reacción de los ciudadanos ante su despliegue. Una antropología del estado debe tomar estas tensiones como foco principal de su agenda investigativa. Estas tensiones pueden ser halladas no sólo en políticas organizadas, sino también en muchas prácticas a través de las cuales los ciudadanos se encuentran no sólo con el gobierno sino con una miríada de otras instituciones similares al estado y procesos que los interpelan como individuos y como miembros de varias comunidades. En síntesis, la antropología puede no encontrar al estado “listo”, esperando por nuestra mirada etnográfica en espacios conocidos del gobierno nacional. Las instituciones gubernamentales y las prácticas deben ser estudiadas, por supuesto, y podremos deplorar que la antropología no haya contribuido lo suficiente a su estudio. Sin embargo, nosotros debemos también buscar los procesos del estado y sus efectos en espacios menos obvios que aquellos de las políticas institucionalizadas y de las burocracias establecidas. Nosotros debemos insistir acerca de que los encuentros no son inmediatamente transparentes. Nosotros debemos, evidentemente, revertir la banalidad aparentemente atemporal de la vida cotidiana.

Bibliografía

ABRAMS, PHILIP. 1988. Notes on the difficulty of studying the state. *Journal of Historical Sociology* I(I):58-89.

ADDA, JACQUES. 1996a. *La mondialisation de l' économie*. Vol. 1. *La genèse*. Paris: La Découverte.

ADDA, JACQUES. 1996b. *La mondialisation de l' économie*. Vol. 2. *Les problèmes*. Paris: La Découverte.

ALI, KAMRAN ASDAR. 1996. The politics of family planning in Egypt. *Anthropology today* 12.

ALI, KAMRAN ASDAR. 2000. “Making ‘responsible’ men: Planning the family in Egypt”, en *Fertility and the male life-cycle in the era of fertility decline*. Edited by Caroline Bledsoe, Susana Lerner, and Jane Guyer. Oxford: Oxford University Press.

ALTHUSSER, LOUIS. 1971 (1969). *Lenin and philosophy, and other essays*. Translated by Ben Brewster. New York: Monthly Review Press.

BAILEY, F. G. 1991. *The prevalence of deceit*. Ithaca: Cornell University Press. [LK]

BALIBAR, ETIENNE. 1997. *La crainte des masses : Politique et philosophie avant et après Marx*. Paris : Galilée.

BAUMANN, GERD. 1999. *The multicultural riddle : Rethinking national, ethnic, and religious identities*. New York and London: Routledge. [LK]

BERMANN, GEORGE A., ET AL. 1993. *Cases and materials on European Community law*. St. Paul: West.

BUCCI-GLUCKSMAN, CHIRSTINE. 1975. *Gramsci et l' état : Pour une théorie matérialiste de la philosophie*. Paris : Fayard.

CHABAL, P. Editor. 1986. *Political domination in Africa: Reflexions on the limits of power*. Cambridge: Cambridge University Press. [CH]

CHESNAIS, FRANÇOIS. 1994. *La mondialisation du capital*. Paris : Syros-Alternatives Economiques.

CLAESSEN, H. J. M. Y P. SKALNIK. Editores. 1981. *The study of the state*. The Hague: Mouton. [CH]

COMAROFF, JEAN Y JOHN. L. COMAROFF. 2000. Millennial capitalism: First thoughts on the second coming. *Public culture* 12:291-343.

CORDELIER, SERGE. Editor. 2000. *La mondialisation au-delà des mythes*. Paris : La Découverte.

FEINMAN, GARY M. Y JOYCE MARCUS. Editores. 1998. *Archaic states*. Santa Fe: School of American Research Press. [LK]

FORTES, M. Y E. E. EVANS-PRITCHARD. Editores. 1940. *African political systems*. London: Oxford University Press. [CH]

GLEDHILL, J. 2000. 2d edición. *Power and its disguises: Anthropological perspectives on politics*. London: Pluto. [CH]

GREENHOUSE, CAROL J. Y ROSHANAK KHESHTI. Editores. 1998. *Democracy and ethnography: constructing identities in multicultural liberal states*. Albany: State University of New York Press. [LK]

GUPTA, AKHIL. 1995. Blurred boundaries: The discourse of corruption, the culture of politics, and the imagined state. *American Ethnologist* 22:375-402.

HERZFELD, MICHAEL. 1994. *The social production of indifference*. Chicago: University of Chicago Press. [LK]

HEYMAN, JOSEAH MC C. 1998. State effects on labor exploitation: The INS and undocumented immigrants at the Mexico-United States border. *Critique of Anthropology* 18:155-79.

HEYMAN, JOSEAH MC C. 1999. United States surveillance over Mexican lives at the border: Snapshots of an emerging regime. *Human Organisation* 58:429-37.

HIBOU, BÉATRICE. Editor. 1999. *La privatisation des états*. Paris : Karthala.

- HOPPE, GÖRAN Y JOHN LANGTON. 1994. *Peasantry and capitalism: Western Östergötland in the nineteenth century*. Cambridge: Cambridge University Press. [LK]
- JAMESON, FREDERICK Y MASAO MIYOSHI. Editores. 1999. *The cultures of globalisation*. Durham: Duke University Press. [LK]
- JESSOP, BOB. 1985. *Nicos Poulantzas: Marxist theory and political strategy*. New York: St. Martin's Press.
- LAIDI. 1993. *L'ordre mondial relâché : Sens et puissance après la guerre froide*. Paris : Presses de Sciences Po.
- LUXEMBURG, ROSA. 1951 (1914). *The accumulation of capital*. New York: Monthly Review Press.
- MACCHIOCCI, MARIA-ANTONIETTA. 1974. *Pour Gramsci*. Paris : Editions du Seuil.
- MAGAZINE, ROGER. 1999. Stateless contexts : Street children and soccer fans in Mexico City. Ph.D. diss., Johns Hopkins University, Baltimore, Md.
- MASAKI, KOTABE Y KRISTIAAN HELSEN. 1998. *Global marketing management*. New York: John Wiley.
- MATTELART, ARMAND. « La nouvelle idéologie globalitaire », en *La mondialisation au-delà des mythes*. Editado por S. Cordellier, pp. 81-92. Paris: La Découverte.
- MILIBAND, RALPH. 1969. *The state in capitalist society*. New York: Harper Books.
- MOEN, MATTHEW C. Y LOWELL S. GUSTAFSON. Editores. 1992. *The religious challenge to the state*. Philadelphia: Temple University Press. [LK]
- NAGENGAST, CAROL. 1994. Violence, terror, and the crisis of the state. *Annual Review of Anthropology* 23:109-36.
- NUGENT, DAVID. 1994. Building the state, making the nation: The bases and limits of state centralisation in "modern" Peru. *American Anthropologist* 96:333-69.
- OHMAE, KEN'ICHI. 1985. *Triad power: The coming shape of competition*. New York: Free Press.
- PARSONS, TALCOTT. 1951. *The social system*. New York: Free Press.
- POULANTZAS, NICOS. 1972. *Pouvoir politique et classes sociales*. Paris : Maspero.
- RADCLIFFE-BROWN, A.R. 1955 (1940). "Preface", in *African political systems*. Editado por M. Fortes y E. E. Evans-Pritchard. London: Oxford University Press.
- REICH, ROBERT. 1992. *The work of nations: Preparing ourselves for 21st century capitalism*. New York: Knopf.
- RESCH, ROBERT PAUL. 1992. *Althusser and the renewal of Marxist social theory*. Berkeley: University of California Press.
- SASSEN, SASKIA. 1998. *Globalization and its discontents*. New York: New Press.
- SASSEN, SASKIA. 1999. "Whose city is it? Globalization and the formation of new claims", en *Cities and citizenship*. Editado por J. Holston, pp. 177-94. Durham: Duke University Press. [LK]
- SCOTT, JAMES C. 1998. *Seeing like a state: How certain schemes to improve human condition have failed*. New Haven: Yale University Press.
- THOMAS, PAUL. 1994. *Alien politics: Marxist state theory retrieved*. New York: Routledge.
- TROUILLOT, MICHEL-ROLPH. 1990. *Haiti, state against nation: The origins and legacy of Duvalierism*. New York: Monthly Review Press.
- TROUILLOT, MICHEL-ROLPH. 1996. « Démocratie et société civile », en *Les transitions démocratiques*. Editado por L. Hurbon, pp. 225-31. Paris: Editions Syros.
- TROUILLOT, MICHEL-ROLPH. 1997. "A social contract for whom? Haitian history and Haiti's future", en *Haiti renewed*. Editado por R. Rotberg, pp. 47-59. Washington, D.C.: Brookings Institution Press.
- TURNER, TERRENCE. n.d. Globalization, the state, and social consciousness in the late twentieth century. MS.
- WADE, R. 1996. Japan, the World Bank, and the art of paradigm maintenance: The East Asian miracle in political perspective. *New Left Review* 217:3-36.
- WEBER, EUGEN. 1977. *Peasants into Frenchman: The modernisation of rural France 1870-1914*. London: Chatto and Windus. [LK]
- WEISS, LINDA. 1997. The myth of the powerless state. *New Left Review* 38.
- WEISS, LINDA. 1998. *The myth of the powerless state*. Ithaca: Cornell University Press.
- WOLF, ERIC. Editor. 1991. *Religious regimes and state-formation: Perspectives from European ethnology*. Albany: State University of New York Press. [LK]